

*yes naturales*, invoca las castas, las aristocracias, la monarquía hereditaria. Dumont, discípulo del anterior, propagandista en Francia de su doctrina, que ha reducido á las proporciones de un folleto para que pueda difundirse con más facilidad y leerse en ménos tiempo, ha sostenido que el espiritualismo con su idea de la libertad y de la dignidad moral es esencialmente revolucionario, democrático, republicano, puesto que dá al hombre eternos derechos, en tanto que el darwinismo nos quita todo orgullo, enseñándonos que el gérmen de nuestra raza se confunde con el gérmen de los más viles animales; que las desigualdades en la sociedad están justificadas por las desigualdades fisiológicas en la naturaleza; que el principio hereditario es un principio de conservacion en el cual pueden asentarse las monarquías y las dinastías; que la doctrina evolucionista debe ser la doctrina de todos los conservadores; que, fuera de ella y lejos de ella, se cae inevitablemente en la democracia. Y sin duda por la teoría de la evolucion se explica un fenómeno á primera vista inexplicable, á saber: que Strauss, el racionalista puro, el enemigo de las tradiciones religiosas, el fervoroso adorador de la libertad de pensamiento, el gran demócrata de la inteligencia, el gran revolucionario en las ideas pueda aparecer también como el más conservador de los hombres, como el más atenido á la reaccion política, como el más devoto de las instituciones muertas, comparando en ese libro darwiniano de la *Fé Nueva* los pueblos modernos con los alanos y los vándalos, y sosteniendo las monarquías hereditarias como la forma mejor de gobierno y la más propia para la educacion de la humanidad y la continuacion de sus progresos.

¡Caso raro! Este hombre que ha saludado á Darwin como un salvador, porque Darwin ha conseguido proscribir el milagro y lo sobrenatural del Universo; porque Darwin ha conseguido explicar naturalmente, apoyándo-

se en los trabajos geológicos de Lyel, por la sucesion de siglos y más siglos, por las evolucion de la materia, por la série de los organismos, la creacion y las varias especies que en la creacion habitan, se extasia ante el principio monárquico, se arroba y transporta, como si fuera un místico, y al dar la razon de esta preferencia, dice lo siguiente, que viene á derribar todo su sistema filosófico, dice: «en la forma monárquica hay algo de enigmático, de absurdo á primera vista; pero hé ahí la razon y el motivo de la preferencia que conviene darle. Todo misterio parece absurdo; sin embargo, nada más profundo: imposible vida, arte, estado, sin misterio.» ¿Puede darse nada más contradictorio? No quiere admitir misterio alguno en lo infinito, en lo absoluto, en lo eterno, en los horizontes de la religion, en el seno de Dios, en la Providencia, en la obra maravillosa de la naturaleza, en el advenimiento de las especies á la escena de la vida, en sus cambios, en sus transformaciones, en la oscuridad de la muerte; y luego admite el misterio en lo humano por excelencia, en lo que depende principalmente de nuestra voluntad y de nuestra razon, en el organismo del Estado, en la forma de gobierno; y despues de haber intentado destronar á Dios, convierte en Dios al monarca, y lo corona con la diadema divina de lo sobrenatural, y lo envuelve en el cerúleo manto del misterio.

¡Misterio! ¿Existe la trasmision del génio? ¿Vinculan las dinastías el mérito por privilegios de la naturaleza, como vinculan el poder por errores de la sociedad? Cinco Césares hubo de la familia del gran César, y ninguno de ellos alcanzó el génio universal y humanitario del ilustre jefe de su raza. Augusto, hábil, prudente, en tal manera fué tímido, que se ocultaba debajo de las camas en cuanto oia el estampido de un trueno. Tiberio se alejaba de la guerra y se consumía en el placer. Claudio mereció que Séneca comparara su divino cráneo con gigantesca y divina cala-

baza. Calígula era un loco sanguinario, y Nerón un sanguinario farsante. Individuos de la misma familia, hijos de la misma sangre, San Luis con Carlos de Anjou; y el uno es un santo y el otro un demonio; el uno funda los tribunales y el otro los soborna; el uno concierta paces y el otro enciende guerras; el uno provoca la admiracion hasta remitir los reyes á su criterio los sangrientos pleitos entre las naciones, y el otro ódios, hasta legitimar los horrores de las Visperas Sicilianas; el uno, bajo la encina de Vincennes, dá á cada cual su derecho, y el otro, en la plaza de Nápoles, asesina al último vástago de la casa de Suabia; el uno convoca los cruzados como un gran misionero, como un gran general, y el otro los roba en tierra y mar como un ladron y un pirata. No puede negarse que Carlos V lleva con gloria sobre sus hombros, durante muchos años, el peso de la tierra; pero al siglo, el sucesor de aquel Atlante, se llama Carlos II. Isabel la Católica, que conquista Granada y descubre América, que cierra los tiempos feudales y abre los tiempos modernos, es hija del débil Juan II y hermana del impotente Enrique IV. Carlos III bebe en el trono á grandes tragos el espíritu inmortal del siglo décimo-octavo, sirve al progreso de su tiempo, deja una página gloriosa en la *Historia de Italia* y otra página gloriosa en la *Historia de España*, pero también deja su nombre y su autoridad y sus derechos á dos imbéciles, de los cuales el uno sólo sabe matar jabalíes en el Pardo, y el otro criar kanguros en Caserta. Las dinastías no existen, no, en la naturaleza. El génio es como el Dios de Mahoma, sin padre y sin hijos, en su grandeza y en su eternidad. El principio hereditario en el poder es un principio que condenan á una la razon, la naturaleza y la historia.

Parece imposible. Strauss, que es monárquico, y conservador, y hasta reaccionario en sus obras políticas, en su vida política, es demócrata, y republicano, y revolucionario en sus mejores y más preciadas obras históri-

cas. Ha escrito una memoria apologética de Voltaire, de aquel hombre tan ilustre por haber limpiado de supersticiones la conciencia humana como por haber preparado el advenimiento de la revolucion francesa. Ha traducido á lengua vulgar y coleccionado las obras de Hutten, el libre hijo de Franconia; el caballero sin tacha, enamorado de la libertad como los antiguos caballeros andantes de sus damas; el discípulo de los monjes de Fulda, que jamás pudo soportar sobre su cerviz la cogulla ni sobre su conciencia la censura; el castellano de aquellas fortalezas inexpugnables, llenas de efectos de guerra, saturadas por el humo de la pólvora, vecinas á castillos enemigos donde aguzaban sus armas los señores feudales, circuidas de selvas donde ahullaban los carniceros lobos, santuario de la nobilísima familia de Hutten, muy pagada de sus timbres aristocráticos, que no valian á los ojos del más ilustre de todos lo que el tilde de una idea; el escritor errante y pobre, sin hogar y sin pan, que tiene por habitacion sus esperanzas y por alimento sus estudios; el admirador de la antigüedad, de cuyos oradores y tribunos toma ejemplo para seguir su vocacion de soldado heróico en la guerra cruentísima á favor de la razon libre; el gran satírico que, á gracias ingeniosas, á dichos agudos, á retruécanos felicísimos, á epigramas inmortales, derriba el monástico edificio de la Edad Media; el implacable perseguidor de la escolástica y sus comentaristas, del silogismo y de los rancios argumentadores, del antiguo derecho y de los jurisperitos bartolistas, de todos los retrocesos y de todos los reaccionarios; el revolucionario que destrona al duque de Wurtemberg, al tirano, al asesino de maridos amados, al ladron de mujeres hermosas; el crítico audaz que demostraba cómo los cuerpos adorados de los tres reyes magos de Colonia eran los esqueletos de tres pobres campesinos de Westphalia; el soterador gigante de la bárbara Inquisicion, de sus feroces autos, de los infames que oponen

á la luz de la verdad el fuego de las hogueras; el propagador de las triunfantes contradicciones á la donacion de Constantino, destinadas á quebrantar el poder temporal de los Papas que hemos visto caer en nuestros tiempos y rodar á nuestras plantas; el guerrero y el poeta que esgrime con igual entusiasmo la espada feudal y la ardiente palabra revolucionaria á favor de los humanos progresos; brazo de hierro, corazon de leon, pluma de artista, estilo conciso y acerado como para el combate, palabra de folletista y de profeta; un Luciano en la gracia, un Demóstenes en la elocuencia, un Tácito en la pintura de los tiranos, un héroe en todas partes; más decidido á la muerte que á la servidumbre; destruyendo con una mano la teocracia en sus sátiras inmortales, y levantando con la otra mano en la áurea urna de sus poemas las cenizas de los mártires muertos por el culto de la conciencia libre; con todas las terribles cóleras y todas las nobles aspiraciones del Renacimiento en su alma; con el tambor de la revolucion siempre resonante bajo sus manos, con las armas del soldado al cinto y á la espalda; viviéndo para la religion de la libertad; y dotado con todas las facultades y todas las aptitudes de los hombres llamados por la Providencia, y decididor por su vocacion á impulsar con gran fuerza la humanidad hácia adelante en sus procelosos caminos.

Y no solamente ha idealizado á los tribunos y á los reformadores, á todos aquellos que nos trajeron la materia, la esencia de las ideas modernas, cuyo organismo natural es al postre la República, también ha perseguido y acosado á los reyes. Su folleto *Un romántico en el trono de los Césares*, desde la primera á la última palabra, es ardiente diatriba contra Federico Guillermo IV. Por romanticismo se ha entendido en Alemania la tendencia de la poesía y de la filosofía reaccionarias, á volver hácia los tiempos de la Edad Media y sus extintos ideales. Y el romántico en el trono es Juliano el Apóstata.

Llamar romántico á Juliano, que combatía y contrastaba la inclinacion de su tiempo á recibir y adorar las ideas que habian de componer más tarde el espíritu de la Edad Media, significa que, bajo el nombre del Emperador, bajo su púrpura, esconde sábia y prudentemente el escritor la persona augusta del rey reaccionario, que pugna por resucitar un Cristianismo histórico, próximo pariente del Catolicismo romano. Así, el crítico, el filósofo revolucionario no se cura de que tenga su retrato parecido con el Emperador histórico; bástale que lo tenga con el rey Federico Guillermo IV, á quien aborrece, esperanza un día de la joven Alemania, que príncipe, alentó con su liberalismo caloroso y su filosofía humanitaria, y rey, abandonó para perderse entre los devotos y los pietistas, restaurar la catedral de Colonia, arca donde están guardadas las creencias de la Edad Media, y pensionar filósofos de mucho calor místico en el corazon, de poca luz científica en la mente, corruptores del dogma y de la ciencia, destinados á resucitar la antigua fé con falsos espejismos, y á mantener á las generaciones nuevas con bastardos sofismas en perdurable servidumbre.

Así, escoge todas las palabras más duras lanzadas por sus enemigos al Emperador antiguo y las asesta contra el rey moderno. El Nabucodonosor, el dragon, el demonio, el apóstata, el fanático descrito por San Gregorio Nacianceno; dado á aparentar exaltadísimo misticismo y á proteger piadosos fraudes; decidido á primera vista por aplacar las guerras teológicas nacidas de la fiebre de su tiempo, y en realidad inclinado á las supersticiones populares; retórico y fraseador de las reminiscencias clásicas; fátuo que se mira al espejo de su estilo literario; comediante cuidadoso de su actitud y de su gesto; químico theurgo, que compone extraño brevaje de literatura griega, de religion cristiana y de filosofía alejandrina; acompañado siempre de sofistas burocráticos y de filósofos inspirados por

el presupuesto; dolorido de la soledad de los templos y del abandono de los sacrificios; conservador más de los nombres que de las ideas de los antiguos dioses, transformados y rehechos y renovados por sus interpretaciones semi-racionalistas; pagado de su dignidad de Pontífice Máximo, que levantaba sobre su dignidad de César romano; exagerador de las ceremonias religiosas y de las hecatombes, hasta el punto de que escaseáran donde él estaba los bueyes; asistente á los templos; escrupuloso en las ceremonias; extático al pié de los altares; observante hasta de los fútiles preceptos que prohibian ciertas viandas; redactor de circulares contra la enseñanza y la profesion de la nueva fé; empeñado en la demencia arqueológica de restaurar el templo salomónico sobre sus desaparecidos cimientos; enemigo de que los cristianos fueran maestros en las escuelas imperiales; más obstinado que fuerte, más tenaz que verdaderamente persuadido; moviendo siempre la cabeza, alzando siempre los hombros; torbo en el mirar, inquieto en el andar, violento en el reir, incierto en el hablar, corto en sus períodos, como si le faltara el aliento, y largo en sus meditaciones; de preguntas inesperadas, absurdas, y de respuestas descosidas, contradictorias; el Juliano de Strauss verdaderamente es el romántico rey de Prusia, maltratado y zaherido, por haber antepuesto la reaccion ortodoxa y realista al ilustrado liberalismo de la joven y pensadora Alemania.

Pero este escritor, que maltrata á los reyes históricos de su patria, y que suspira por los tiempos republicanos de Grecia y Roma, celebra la elevacion de la autoridad de uno solo sobre los derechos de todos; censura á los franceses por haberse desasido de sus viejas dinastías y haber proclamado la nueva República; entona loores sin cuento á la cesárea familia de Prusia, é incita á los pueblos á someterse y á adorarla; entra á velas desplegadas en el absolutismo y en el cesarismo;

desdeña el régimen parlamentario y las instituciones que han nacido del libre examen; aconseja la resurreccion de aristocracias con muchos terrenos en el suelo nacional y muchas aptitudes para la guerra civil y extranjera; condena á las clases medias, cuya última hora cree haber oido en el reló de los tiempos, y las condena por demasiado liberales; inquiétase cruelmente de las perseverantes aspiraciones del cuarto estado; reconviene á los gobiernos por haber otorgado tantas concesiones á estos vándalos; propone todo género de medidas reaccionarias; llama bárbarie al sufragio universal y consiente á lo sumo una modesta oligarquía; pide mucha autoridad y pocos derechos; anuncia que el mundo pertenecerá siempre á los más fuertes; y con elocuencia furiosa, digna del ultramontano de Maistre, pone á la cabeza de la sociedad entera, como un freno necesario, el siniestro brazo del verdugo.

Parece imposible. Este hombre representa una contradiccion que hiere todos los sentimientos y que abisma en estupor y en asombro la inteligencia deslumbrada y atónita. Ha trabajado toda su vida por la libertad del pensamiento, por la emancipacion de la conciencia; y quiere que estos trabajos no fecunden la vida y que esta lucha se detenga en el primero de los derechos sin pasar á los demás, sus correlativos, su coetáneos, con él coexistentes; quiere que vencamos en la conciencia, en la razon, y que seamos vencidos en la sociedad, en el mundo, en la tierra. Él ha dicho que la materia es una y ha ocultado que es una la libertad. Imposible proclamarla en las altas esferas de la vida sin que se extienda á todas las esferas igualmente. Los que dijeron allá en el siglo décimo-sexto que todos los hombres tenian derecho á ser sacerdotes, dijeron al mismo tiempo que todos los hombres tienen derecho á ser ciudadanos. Los que proclamaron la libertad religiosa, implícitamente proclamaron la libertad política. Querer la una y no querer la otra, es como